

Presentación

Volver al centro

Álvaro Costa Górriz

Llegué a Bogotá por primera vez en 1999. Como turista me impactaron: el tamaño, las montañas, la arquitectura y la gente. Dos años después y a raíz de la edición del tomo II de la colección Guías Elarqa de Arquitectura, dedicado al centro histórico, comencé a recorrerla con ojos de editor.

En mi camino hacia esa zona, en sentido norte-sur, recurrí a la avenida Circunvalar para evitar el centro de Bogotá. Me volví “circunvalar dependiente”, lograba llegar a La Candelaria sin atravesar el centro.

En el año 2004 cambió mi condición de turista a residente, y tuve que animarme a conocer la ciudad. Caminé por el centro, descubrí su encanto, comencé a entenderlo y a disfrutarlo. Me impresionaron muchas de las construcciones que se hallan sobre la carrera Séptima. Pasé por el conjunto de edificios que forman el Centro Internacional Tequendama y las Torres de Bavaria. En este sitio, donde convergen las carreras 7ª, 10ª y 13, y que para mí era sinónimo de desorden y caos vehicular, jamás imaginé encontrarme con el Parque Central Bavaria, un espacio de una escala amable que convive con decenas de torres gigantes del sector y donde sus habitantes se olvidan de su entorno. Me sorprendieron también los edificios que han recuperado o construido algunas universidades que tienen sus sedes en el centro, por ejemplo los teatros México y Faenza de la Universidad Central, y los edificios del arquitecto Daniel Bermúdez en la Universidad Jorge Tadeo Lozano.

Otro sector que descubrí más al norte fue el campus de la Universidad Javeriana. Mi sensación hasta que me detuve a visitarlo, no era la mejor. Pero sólo en este año, cuando me decidí a entrar para conocerlo más detalladamente, me di cuenta de lo que me estaba perdiendo. Un campus abierto en esta ciudad de seguridades extremas, de celadores, de cámaras y huellas digitales. Qué maravilla encontrar este espacio y recorrerlo libremente.

La Universidad Nacional es otra de las joyas de esta área. Una ciudad universitaria donde pueden apreciarse obras de los mejores arquitectos con los que ha contado la capital, entre ellos Leopoldo Rother, Bruno Violi, Fernando Martínez Sanabria y Rogelio Salmona.

La lista es larga, y cada una de las obras seleccionadas para esta guía tiene algo especial, una historia que contar y son un legado para arquitectos, ciudadanos y visitantes. Cabe mencionar que durante el proceso de la edición de esta publicación falleció Rogelio Salmona, el arquitecto colombiano más importante del siglo XX. Una de sus obras insignia son las Torres del Parque que aparecen en la portada de esta publicación como homenaje a su autor y porque se han convertido en un símbolo de Bogotá.

Ojalá esta guía sea un aporte más al proceso de revitalización que comenzó hace algunos años y que hoy se percibe ya como un camino sin retorno. Anímese a recorrerlo, seguramente se sorprenderá como yo.

Prólogo

Carta abierta a un visitante de Bogotá

Eduardo Arias¹

Desde que era niño mi papá nos llevaba a mi hermano Guillermo y a mí al Centro, donde nos enseñó a caminar rápido trayectos de varias cuadras entre peatones y el tráfico. También él o a veces mi mamá nos llevaban a la Ciudad Universitaria y atravesábamos La Magdalena, Santa Teresita, La Soledad... Primero vivíamos en la calle 38, a dos cuadras del Parque Nacional, y allí crecimos con los edificios de Ecopetrol y la Esso enfrente, vimos construir otros más, entre ellos el de Bavaria, de Obregón y Valenzuela.

Íbamos a pie a cada rato donde mis abuelos, en la avenida 39, y un tío abuelo, en la calle 45 con carrera 17, y en 1968 nos trasteamos a una casa de ladrillo de estilo inglés en La Magdalena donde aún viven mis papás. En aquellos años, a punta de caminarla, aprendí a querer esa especie de media luna que rodea el sector más viejo de la ciudad. Y cuando me fui a vivir a otro lado, hacia 1982, a añorarla y también a buscar cualquier pretexto para volver a caminar por esas calles.

Por eso, a menos que a usted le gusten los centros comerciales, los conjuntos cerrados o habitar suburbios impersonales, de Bogotá le recomiendo los alrededores del Centro.

Primero, decida cuál de los cerros prefiere tener enfrente. Escoja pues entre Monserrate, el cerro sin nombre del Parque Nacional (algunos lo llaman La Curva del Silencio) o El Cable. A mí, que llevo casi cincuenta años en esta ciudad, me resulta imposible tomar partido. Me encanta sentirlos cercanos, encima, pero también verlos desde más al occidente, donde adquieren relevancia los páramos que se dejan ver a través de los boquerones de los ríos San Francisco, San Cristóbal...; qué tal como se ven esas morrenas de Cruz Verde desde la Universidad Nacional.

No es fácil decidirse. Podría ser cualquiera de las casas o apartamentos de la calle 35 con vista al costado sur del Parque Nacional. Podrían ser las Torres del Parque, sobre todo los apartamentos con remate de terraza que miran hacia el Parque de la Independencia... la cúpula del Planetario, los eucaliptos, las palmas de cera... el único inconveniente que tienen las Torres es que desde la Torres no se ven las Torres. Entonces otro sitio ideal podría ser cualquier apartamento o casa con vista a las Torres del Parque.

Pero también compiten por este honor la Torre de la Independencia, en la esquina suoriental de la calle 25 con carrera Séptima; las torres de Bavaria, de Obregón y Valenzuela; el Parque Central Bavaria... Y, ya en La Magdalena, un apartamento en cualquiera de los dos edificios de la carrera 15 entre calles 36 y 37 que tienen vista a la Nunciatura Apostólica.

1 Editor Cultura Revista Semana

Y si de vista se trata, pues le recomiendo cualquier edificio alto que esté frente a la Ciudad Universitaria. Casi todos son horrorosos. Pero con semejante panorama, ese se convierte en un detalle menor. Y ni hablar del Bosque Izquierdo, en particular de esa calle arborizada que sube de manera suave y circular hasta terminar en esa plazoleta que se conoce como La Raqueta. A la que poco o nada tiene que envidiarle cualquier apartamento de los años cincuenta, esos tan espaciosos y luminosos que bordean ambos costados del Park Way.

Y la lista podría extenderse porque ese pedazo de ciudad que creció hacia el norte en las primeras décadas del siglo XX ha logrado conservar, al menos en algunas de sus fachadas, antejardines y calles, el espíritu de una época hace mucho tiempo sepultada por la cultura de los conjuntos cerrados y los centros comerciales. Como no es fácil ponerle orden a esto, lo mejor es echar a caminar. Usted mira y decide mientras yo trato de contarle.

Por un lado, es muy rico estar cerca de la carrera Séptima, sobre todo del tramo entre la Plaza de Bolívar y la Universidad Javeriana. El pedazo que más me gusta queda entre la Jiménez y el Museo Nacional. Desde que soy niño me encantan esos edificios de piedra por los lados de la calle 17. O qué tal la iglesia de Las Nieves, con su fachada a rayas inspirada tal vez en alguna iglesia de Siena. El Jorge Eliécer Gaitán, el Teatro Mogador media cuadra arriba subiendo por la 23, y ya que nos dio por subir, pues mire le muestro cómo las universidades Central y Jorge Tadeo Lozano han mejorado esa parte de Bogotá. Los de la Central recuperaron el antiguo Teatro México y están remodelando el Teatro Faenza, y los de la Tadeo construyeron unos edificios hermosos, el de posgrados y el auditorio, de lo mejor que se ha construido en Bogotá en los últimos treinta años.

Los sábados por la tarde la Séptima adquiere una atmósfera muy especial. Baja un poco el agite de los días hábiles pero sin llegar al extremo de esa depresión dominguera contra la que no existe ningún poder humano ni hay París, Nueva York o Ámsterdam que la resista.

Cuando uno llega a la 26 se encuentra con el llamado Centro Internacional. ¿De dónde nos habrá salido a los rolos esa manía provinciana y arribista de sentirnos alguien a base de nombres rimbombantes? Pregúntenle no más a Peñalosa, que bautizó dos de esos parques por los que vamos a pasar dizque Renacimiento y Tercer Milenio.

En San Martín (así se llama ese barrio) se unen la Séptima, la Décima y la Trece, y la Caracas pasa a apenas una cuadra de distancia. Ese es como el punto que une a esas varias Bogotá. Si uno arranca por la Décima, la Trece o la Caracas hacia el sur, se encuentra con un fragmento de ciudad donde la aplanadora del progreso y el abandono dieron como resultado un paisaje deprimido en el cual sobreviven

jugaba contra Colombia, porque ellos se alojaban en el antiguo Hotel Comendador, hoy convertido en una universidad pirata más.

Ya que le pongo ese tema tan jarto de las universidades piratas, no quiero decirle mentiras. En lo que es Teusaquillo, La Magdalena, Santa Teresita, La Soledad todavía se conservan muchas casas y hasta cuadras enteras, los parques son bonitos, pero también tiene marcas dolorosas. Y no es sólo la indiferencia. Varios de esos atropellos han corrido por cuenta de las autoridades de turno, como la baranda imitación piscina de traqueto que le construyó el alcalde Enrique Peñalosa a la entrada del Parque Nacional en el acceso de la carrera Séptima.

A Teusaquillo, La Magdalena y La Soledad, como a Egipto, les han caído muchas plagas. No sé si la lista dé para siete: casas convertidas en oficinas que modernizaron sus fachadas con resultados casi siempre esperperpénticos; sedes de campañas políticas; antejardines arrasados para transformarlos en parqueaderos; funerarias y, la peor de todas las plagas, la más recurrente, la más dañina: las universidades piratas y de garaje que se apoderan de cuadras enteras y transforman sus alrededores en verdaderos lupanares. Tienduchas de mediopelo donde se emborrachan los estudiantes y ponen música a todo taco; cuchitriles donde se venden empanadas y se sacan fotocopias; calles que se vuelven parqueaderos sin que los adalides de la defensa del espacio público muevan un dedo para evitarlo.

Antes que se decida, le sugiero atravesie la 30 y conozca la Universidad Nacional. El campus mismo, con sus calles circulares que bordean sus edificios, casi todos blancos, varios de ellos monumentos nacionales. Pero también están los barrios que rodean la Nacional. Uno que infortunadamente ha perdido gran parte de su encanto original, porque lo llenaron de edificios horrendos, es el antiguo barrio obrero Acevedo Tejada, donde queda la iglesia católica alemana de San Miguel. Al lado están los edificios blancos que diseñó Arturo Robledo para el Banco Central Hipotecario.

Usted perdonará si me he dejado llevar a ratos por la nostalgia, si algunas de estas descripciones obedecen más a mis recuerdos de hace cuarenta años que a la realidad actual del sector. O si me he dejado llevar por la ira, pero es que a mí me duele mucho que una ciudad se muestre tan indiferente a la destrucción de sus tesoros arquitectónicos y urbanísticos que, por tener menos de setenta años, la gente considera que carecen de valor.

Ahí le dejo la inquietud. Yo quedo tranquilo porque le he hablado de un pedazo de Bogotá donde se encuentra buena parte de su mejor arquitectura del siglo XX. El pedazo de Bogotá que a mí más me gusta y el que más me mueve el piso.

Introducción

Mas allá del centro histórico

Alberto Escovar

En el siglo XX las ciudades colombianas afrontaron un crecimiento poblacional sin antecedentes que transformó de manera permanente su aspecto urbano y arquitectónico. En el caso de Bogotá, quizá uno de los más dramáticos, la ciudad inició el siglo XX con cien mil habitantes y lo terminó con una población 65 veces superior que ascendía a 6´500.000 personas. Esta vertiginosa escalada poblacional modificó su apariencia, que en los albores del siglo XX aún recordaba su pasado hispánico, con estrechas calles y edificaciones con techo de teja que configuraban un perfil urbano que con dificultad superaba los dos pisos. Como lo anotaba en 1934 el periodista Guillermo Camacho y Montoya: “Una de las transformaciones visibles que ha sufrido Bogotá en los últimos años es la de sus edificaciones. De la casa antigua, inconsulta en sus pretensiones, en poco tiempo se ha dado un salto hacia la residencia moderna, higiénica, de factura, en consonancia con la época”¹.

Este incremento del número de habitantes llevó a que en la primera mitad del siglo XX, la zona comprendida entre Bogotá y el entonces bucólico caserío de Chapinero que se venía poblando con quintas campestres desde mediados del siglo XIX, tuviera un ágil proceso de urbanización. Antiguas haciendas como la Merced, la Magdalena, Marly o Teusaquillo, dedicadas a labores vinculadas con la producción lechera o agrícola, fueron loteadas y posteriormente urbanizadas.

Estos nuevos barrios residenciales, con amplias calles y casas con antejardines, sirvieron para la adopción de novedosas tendencias estilísticas en donde los constructores buscaron nuevas fuentes de inspiración que los relacionaron con el neoclasicismo o los remitieron al estilo neocolonial o español-californiano. Este último intentó establecer un estilo “propio” americano a partir de la tradición colonial arquitectónica de la ciudad. Fue sin embargo el estilo Tudor inglés o *Tudorbethan Style* uno de los que más aceptación tuvo en la ciudad de entonces y terminó definiendo sectores urbanos completos como sucedió con el barrio La Merced, que casi por milagro aún conserva en buena parte sus rasgos originales.

Este desarrollo urbano llevó también a la elaboración de los primeros planes urbanísticos, muchos de los cuales no pasaron del papel. Al respecto debe mencionarse el arquitecto y urbanista austriaco Karl Heinrich Brunner (1887-1960), quien luego de su llegada al país en 1933 elaboró el proyecto para la *Ciudad Satélite* (1936), del cual se llevaron a cabo algunos proyectos que aún se conservan como el *Park Way*. A Brunner le debemos entre otros trabajos los dos tomos del *Manual de Urbanismo* (1938-1940), el trazado de la avenida Caracas sobre los rieles del ferrocarril del Nordeste y las primeras lecciones de urbanismo en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional.

1 Guillermo Camacho y Montoya, “El nuevo estilo arquitectónico de Bogotá”, en revista *Cromos*, Bogotá, abril 7 de 1934, pp.14-15.



FOTO: ANÓNIMO. ARCHIVO: SMOB, JVOR (IV-241B), EL CAMPO DE LA MAGDALENA, 1912

Esta facultad, creada en 1936, permitió así mismo la formación de los primeros profesionales de la arquitectura en nuestro país que hasta entonces tenían que estudiar ingeniería para luego dedicarse a la arquitectura o simplemente estudiar en el exterior.

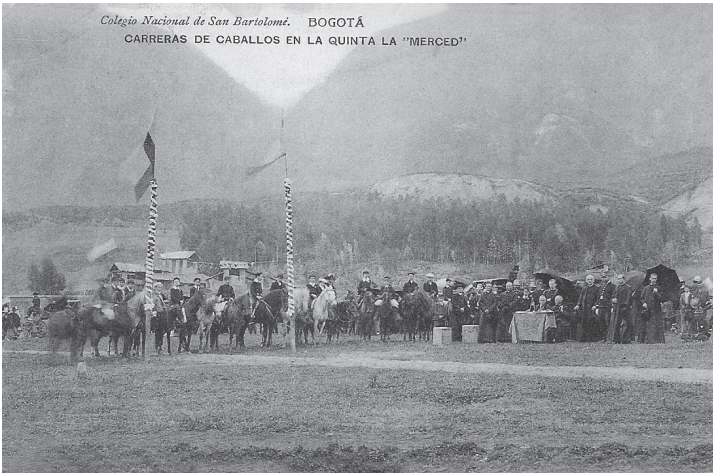
La Ciudad Universitaria, adonde se trasladó en 1940 la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional, fue sin duda el principal proyecto educativo desarrollado en el país en la primera mitad del siglo XX y tuvo una fuerte presencia urbana en Bogotá. Este campus aún conserva intacta su fuerza formal y estética producto de una permanente experimentación plástica. La historia de este proyecto se inició en 1935 con la adquisición de un amplio terreno situado en la antigua hacienda El Salitre y permitió materializar las propuestas educativas, urbanas y arquitectónicas del dúo alemán compuesto por el pedagogo Fritz Karsen (1885-1951), consejero del Ministerio de Educación, y Leopoldo Rother (1894-1978), arquitecto llegado de Alemania y vinculado al Ministerio de Obras Públicas.

En este punto es necesario mencionar que eventos como la llegada al poder del nazismo en Alemania en 1933 o la guerra civil en España (1936-1939), condujeron a la migración de varios profesionales europeos que decidieron establecerse en Bogotá, y enriquecieron el ambiente arquitectónico de la ciudad. Arquitectos alemanes como Ernst Blumenthal, Erich Lange, Paul Studer, Herbert Rauprich, el austriaco Otto Marmorek, los españoles Manuel de Vengoechea, Ricardo Ribas Seva o Santiago de la Mora, así como los italianos Vicente Nasi o Bruno Violi, desarrollaron su carrera profesional en nuestro medio con destacados proyectos arquitectónicos y colaboraron en la formación de los profesionales colombianos en sus despachos de diseño o con sus lecciones en la Facultad de Arquitectura.

La presencia de esta pléyade de profesionales extranjeros que trajeron al país las últimas tendencias de la arquitectura europea, colaboraron con el distanciamiento de las tendencias estéticas de inspiración historicista vigentes en ese momento en la ciudad y fortalecieron la corriente de la denominada arquitectura del Movimiento Moderno, con sus volúmenes prismáticos y escasos de ornamentos, cuyo punto máximo de expresión será la Ciudad Universitaria.

Esta nueva corriente estética fue rápidamente adoptada por constructores colombianos como Gabriel Serrano Camargo, socio de la firma Cuéllar Serrano Gómez, la principal firma constructora del país en la última mitad del siglo XX, así como por otras firmas destacadas como Trujillo Martínez Cárdenas e incluso Herrera Carrizosa Hermanos, en su última etapa.

La arquitectura de la segunda mitad del siglo XX en Bogotá fue protagonizada por profesionales colombianos quienes ya habían asimilado



ARCHIVO: SMOB, JVOR (X-784), SITIO DONDE SE CONSTRUYÓ EL PARQUE NACIONAL, 1933

por completo las enseñanzas del movimiento moderno. Este cambio se experimentó en la misma Ciudad Universitaria con los trabajos de Reinaldo Valencia Rey o Fernando Martínez Sanabria, quienes realizaron allí destacadas obras en ladrillo que anunciaron una de las tendencias estéticas seguidas con este material por la arquitectura nacional, en particular en el trabajo de Rogelio Salmona.

Salmona cursó sus primeros años de arquitectura en la Universidad Nacional, luego trabajó con Valencia y Germán Samper en el taller del célebre arquitecto suizo-francés Le Corbusier, y regresó al país en 1958 para emprender una destacada carrera profesional que lo llevó a convertirse en el principal arquitecto colombiano del siglo XX. Una de sus principales obras, no sólo en el ámbito nacional sino internacional, fue el proyecto Torres del Parque, que incluyó una destacada intervención urbana donde se enriqueció el espacio público y se vinculó el Parque de la Independencia con la Plaza de Toros y el Planetario. Aún está pendiente la construcción de una plataforma al sur del Parque de la Independencia sobre la calle 26, diseñada por el mismo Salmona, que le devuelva parte de su terreno a este espacio verde y queden así integrados a este conjunto urbano la Biblioteca Nacional y el Museo de Arte Moderno.

Al occidente de este proyecto y desde la segunda mitad del siglo XX se inició otra destacada intervención en los antiguos predios de la Recoleta de San Diego. Las firmas Cuéllar Serrano Gómez y Obregón y Valenzuela fueron las responsables del desarrollo del denominado Centro Internacional, probablemente el mayor manifiesto arquitectónico del movimiento moderno en la ciudad, que planteó una propuesta urbana donde se integraron con éxito la necesidad de contar con amplios espacios de estacionamiento con los usos comerciales, de oficina y vivienda.

El esquema arquitectónico se organiza a partir de una plataforma donde se sitúan los usos comerciales y de oficinas y sobre la que se desarrolla el uso residencial. Este modelo se replicó a pocos metros del proyecto original, esta vez en los predios de la antigua fábrica de Bavaria con el proyecto Parque Central Bavaria, una de las intervenciones más exitosas encaminadas a la recuperación y repoblamiento del área central de la ciudad.



FOTO: SAÚL ORDÚZ, MUSEO DE BOGOTÁ, PANORÁMICA DE LA CALLE 26, CA. 1960

Este es también uno de los sectores que más se ha transformado en Bogotá a juzgar por los testimonios de varios bogotanos como el de Tiburcio Pantoja quien en 1843 destacaba de este lugar “la limpieza del cielo, la pureza del aire” y al que los ciudadanos de entonces acudían para “dejar atrás el estrépito y bullicio de la ciudad para reemplazarlo por el silencio y la calma, así como por el paisaje de la llanura de Bogotá que permitía a la distancia observar la ribera del río que hacia el occidente la limitaba”². En un siglo y medio este idílico paisaje cambió por completo, como lo hicieron varios sectores más.

En la actualidad la antigua recoleta de San Diego se encuentra rodeada por las transitadas carreras 7ª y 10ª y pensar en encontrar aquí el “silencio y la calma” resulta una tarea imposible. En particular al observar el tránsito automotor de la carrera 10ª, cuya construcción se inició en los años cincuenta, y limitó el área central de la ciudad hacia el occidente, desarticulando así su comunicación histórica con ese sector, protegido legalmente como parte del patrimonio arquitectónico nacional, e iniciando un acelerado proceso de deterioro del que apenas ahora empieza a recuperarse.

De esta manera sectores como San Victorino y sus inmediaciones, incluida la conocida calle del Cartucho, la plaza España y el Parque de los Mártires, a pesar de contar con importantes áreas susceptibles de ser conservadas, no se incluyeron dentro de los límites legales del Centro Histórico y pasaron literalmente a ser territorio de nadie. Este olvido y abandono gubernamental y administrativo incrementaron sus niveles de deterioro social hasta llevar a la zona a límites de inseguridad insospechados. Las plazas España y San Victorino pasaron a estar invadidas por ventas ambulantes y perdieron sus características urbanas como espacios públicos abiertos, mientras que los barrios San Bernardo y Santa Inés se vieron abandonados por sus residentes y poblados por recicladores de basura, expendedores de drogas y traficantes de armas.

A lo largo de los años sesenta y setenta el crecimiento de la ciudad fue galopante y desbocado. Varias administraciones como la de Jorge Gaitán Cortés (1961-1965) o Virgilio Barco Vargas (1966-1969) intentaron ponerla en cintura, pero esta urbe parecía no tener doliente

2 *El Día*, lunes 1 de enero de 1844, Año V, No. 202, pp. 1, 2 y 4.